

## ¿Qué nos dice monseñor Óscar Arnulfo Romero al continente americano?

*Gregorio Rosa Chávez\**

**C**uando uno visita la capilla de la UCA, la universidad de los jesuitas en El Salvador, encuentra en la fachada, en letras grandes, una frase atribuida a Monseñor Romero: “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”.

El historiador que nos ha regalado la biografía más completa y objetiva sobre nuestro pastor y mártir estudia ampliamente el debate surgido en torno a la autenticidad de esas palabras. En realidad, no hay pruebas fehacientes de que las haya pronunciado Monseñor. Sin embargo, expresan el alma de Romero en forma sumamente bella. Voy a citarlas para deleite de todos ustedes:

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor, estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a matarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo

---

\* Cardenal electo el 21 de mayo de 2017 por el Papa Francisco, del Santísimo Sacramento en Tor de' Schiavi. Actualmente es párroco de la iglesia San Francisco en San Salvador. Correo electrónico: gr2000@telesal.net.



merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá se convencieran que perderán su tiempo: un obispo morirá, pero la Iglesia, que es el pueblo, no pasará jamás.

Con razón comenta Morozzo de la Rocca en su obra *Primero Dios*: “El texto ocupa el centro del mito de Romero profeta populista. Fue publicado en *Excélsior* el 25 de marzo de 1980, al margen de la noticia del asesinato de Romero, cuyo título ocupaba la primera página” (p. 307).

Al margen de la polémica, hay mucha semejanza con lo que Monseñor Romero escribió durante su último retiro, un mes antes de su martirio:

Mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. El asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero que más valiosos que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él.

Un poco más adelante encontramos la ofrenda de su vida

Así concreto mi consagración al Corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en él mi muerte, por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia... porque el Corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en él he puesto mi confianza y no quedará confundido y otros proseguirán con más sabiduría y confianza los trabajos de la Iglesia y de la Patria.

Cuando uno pregunta por la frase más famosa pronunciada por Monseñor Romero, dos son las respuestas más frecuentes. Esta que acabamos de citar; y la que dice: “Con este pueblo no cuesta ser un buen pastor” (Homilía, 18.11.79). El pensamiento completo continúa así: “Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz” (Ibídem).

A mí me gusta mucho una tercera frase que no fue pronunciada en una homilía sino después de la misa exequial del último sacerdote asesinado, dos meses antes del martirio de Romero, el Padre Octavio Ortiz. Se encuentra en su Diario:

‘La muchedumbre estuvo sumamente cariñosa con los sacerdotes y con su obispo, al que saludaban con aplausos, con beso de manos, etc. Yo terminé esta ceremonia con mucha satisfacción en el espíritu’. Y ahora viene la frase que les prometí: ‘¡Qué bien responden los pueblos cuando se les sabe amar!’ (Su Diario, 23.01.79).

## 1. ACERCAMIENTO A LA PERSONA DE MONSEÑOR ROMERO

Morozzo Della Rocca habla del “mito de Romero profeta populista”. Es una frase fuerte que invita a buscar al verdadero Oscar Romero, hombre mortal, con virtudes y defectos. El mismo lo reconoce en su Diario cuando habla de que consulta con frecuencia con su director espiritual, el jesuita Padre Azcue, y con su sicólogo, el Doctor Semsch. Este profesional resume la personalidad de nuestro beato con tres palabras: “obsesivo, perfeccionista y compulsivo”. Monseñor Romero reconoce que es verdad.

Las tres biografías más objetivas de que disponemos para acercarnos al futuro santo, son: la de Monseñor Jesús Delgado, que fue la que se envió a Roma al concluir el proceso diocesano; la del jesuita norteamericano James Brockman, que sirvió de base para la película “Romero” y que tiene el sugestivo título “La palabra queda”; y la que ya citamos, escrita por Roberto Morozzo Della Rocca y que ya fue publicada en español, “Primero Dios”.



En todas ellas encontramos elementos para tratar de resolver otro enigma: la conversión de Monseñor Romero. El mito más difundido la atribuye a la influencia del jesuita Rutilio Grande, quien fue el ceremoniero de la ordenación episcopal de Romero y que fue asesinado el 12 de marzo de 1977, apenas tres semanas después de la toma de posesión del cuarto arzobispo de San Salvador.

Personas tan cualificadas como Monseñor Arturo Rivera Damas, sucesor de Romero y su mejor amigo dentro de la conferencia episcopal, y Monseñor Ricardo Urioste, quien fue su vicario general, rechazan con energía esta afirmación.

Afirma Monseñor Rivera Damas, en el prólogo de la biografía escrita por Jesús Delgado:

Algunos autores han presentado a Monseñor Romero como modelo del cristiano que lleva hasta las últimas consecuencias su opción preferencial del pobre, pero han errado al presentar dicha opción como un arma política revolucionaria. Otros pretenden defender la personalidad del arzobispo de los ataques de sus enemigos al precio de denigrar la personalidad de éstos. Casi todos los escritos que he leído hasta ahora sitúan al obispo que fue voz de los sin voz, en el contexto político de su tiempo, lo que no está mal; sin embargo, subrayan tanto este aspecto que terminan perdiendo de vista la dimensión propia de su personalidad, que fue la sacerdotal.

Monseñor Ricardo Urioste es también contundente:

Se ha dicho de Mons. Romero que él cambió drásticamente con el asesinato del Padre Rutilio Grande. Que entonces fue su conversión a menos de un mes de su inicio como Arzobispo. Yo no lo creo así. Creo que Mons. Romero fue alguien que siempre, toda su vida, buscó su conversión. Fue algo así como lo que nos relata San Marcos cuando Jesús cura a un ciego y San Marcos dice: 'Cuando llegaron a Betsaida le trajeron un ciego y le pidieron que lo tocara. Jesús tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera del pueblo. Después de mojarle

los ojos con saliva, puso sus manos sobre él y le preguntó: “¿ves algo?”. El ciego, que empezaba a ver, dijo: Veo a los hombres, pero como si fueran árboles que caminan. Luego, le puso nuevamente las manos en los ojos y éste empezó a ver perfectamente y quedó sano, ya que de lejos veía claramente todas las cosas”. (Marcos, 8 22- 26). El también, Monseñor Romero, fue viendo poco a poco, descubriendo más el evangelio, el magisterio de la Iglesia y la situación del dolor del pueblo. Todo eso es lo que lo va cambiando. El nunca habló de sí mismo como de conversión, habló de evolución. Por eso dejó escrito: ‘disposición de cambio. Quién no cambia no captará el reino’. Por eso agregaba: ‘Escapamos de la realidad y así escapamos de Dios’ (Ponencia en la Universidad de Notre Dame).

## 2. MONSEÑOR ROMERO NOS HABLA DE SÍ MISMO

Ya es tiempo de dejar la palabra de nuevo a Monseñor Romero. Lo haré en dos momentos: primero acudiré a su diario de seminarista en Roma, que abarca del 22 de octubre de 1937 al 19 de febrero de 1943. Cuando llegó a Roma a estudiar teología tenía apenas veinte años.

Hagamos un rapidísimo recorrido por esas páginas, comenzando en 1937 y concluyendo con una breve nota de febrero de 1943, poco antes de embarcarse de regreso hacia su patria.

1937

- 23.10: “Ante Pío X, fundador de nuestra diócesis, pedimos por ella. En el dulce monumento de Benedicto XV, saludamos a la Virgen de la Paz”.

1938

El 15 de diciembre encontramos esta joya: una crónica de *L'Osservatore Romano* sobre la toma de posesión de Monseñor Luis Chávez y González como nuevo arzobispo de San Salvador; comienza así: “El nuevo arzobispo de San Salvador toma posesión de la sede metropolitana de San Salvador”. Eran los tiempos del general Maximiliano Hernández Martínez.



La noticia le ha impactado tanto, que copia todo el texto, en la lengua original, en italiano. Ya se vislumbra por qué escogerá después como lema: “Sentir con la Iglesia”.

1939

Seguimos hojeando el diario de Romero y encontramos datos interesantes correspondientes a 1939:

- 18.01, cátedra de San Pedro: “He pedido por mí y por mi Patria toda, un grande amor y obediencia al Vicario de Cristo”.

Otro testimonio precioso, de alcance universal, lo encontramos en su diario cuando narra la muerte de Pío XI, ocurrida el 10 de febrero de 1939.

Al día siguiente, el seminarista Oscar cuenta que logró colarse y pasó por segunda vez ante el catafalco del pontífice: “Toqué mi rosario a su pie”, anota con satisfacción.

Cuatro días después deja constancia de su opinión sobre el Pontífice recién fallecido:

- 18.02: “Muchas cosas se han dicho y se dirán de Pío XI, su obra abrumará al historiador; pero no se dirá nada si se descuida el principio de donde procede todo, la gloria de Dios y el bien de las almas”.

Su pluma también describe los sentimientos que invaden su alma cuando es elegido el nuevo Papa, Pío XII, cuya coronación (así se decía entonces) tuvo lugar el 12 de marzo:

“Horas históricas, según mi reloj”. Hay 20 anotaciones, desde las 8:40 a.m. hasta las 12:35 p.m.” Recojo sólo algunas: “Aparece el Papa con mitra y va a la capilla del Sacramento...”. “Es la imposición del palio... Los cardenales van a besarle el pie, la mano y el rostro”. “Consagración. Trompetas de plata”.

Tres días más tarde, el 21 de marzo escribe esta breve frase: “Temores de guerra”.

El 2 de septiembre señala que lo que se temía, sucedió:

“Estalla la guerra entre Alemania y Polonia. El temor cunde en Europa. Señor, ¡danos paz!

1940

De las notas del diario del seminarista Romero escritas en 1940, he seleccionado las siguientes:

Su visita a las catacumbas de San Calixto:

- 29.02: “¡Hermosa imagen de la Iglesia! Sus raíces profundas están allí, en tierra de catacumbas, y se ha elevado altiva, vestida de esperanza y de inmortalidad. Las aves han venido a posarse en ellos y gentes de todas las razas y naciones pasan bajo su sombra en piadosas peregrinaciones”.

Pío XII cumple su primer año al frente de la barca de Pedro:

- 12.03: “El consistorio, la elección, aquella noche inolvidable pasaba de nuevo ante nosotros como una ilusión, ¡el recuerdo más grande de mi vida! ¡Qué grande es el Papa! ¡Qué divina es la Iglesia! ¡Qué bueno será Dios cuando su obra es óptima!”

Y, de repente, le toca predicar ante sus compañeros para ejercitarse en el arte de la homilía; ya se vislumbra el hombre de la palabra:

- 18.12: “Tuve mi sermón sobre Cristo eterno sacerdote. Recibe, Señor, las felicitaciones. ‘No a nosotros, Señor, sino a tu nombre sea la gloria’”. Ya se vislumbra el futuro gran predicador.



1941

Del año siguiente, en el que hay numerosos apuntes, he escogido sólo una nota que muestra al joven seminarista que se acerca poco a poco al altar:

- 20.12: “¡Diácono! La cumbre ya sonrío cerca. Una alegría inmensa ilumina los repliegues íntimos del alma. Qué buena Navidad me ha regalado el Señor. He meditado sobre los tres grandes regalos de este día: el Espíritu Santo, la Eucaristía, el Evangelio”.

1942

Llegamos a las notas del diario que dejan constancia de sus últimos meses en Roma, en plena guerra mundial, con las privaciones que esto supone en la comida y en el descanso:

Vale la pena compartir una cita más amplia de su largo y detallado testimonio del día de su ordenación sacerdotal, que ocupa varias páginas de su diario:

- 04.04: “Mi sábado de gloria. El día que hizo el Señor. Mi ideal se corona entre los aleluyas pascuales. Ya soy sacerdote... Empezó la larga ceremonia: tonsuras, órdenes menores, subdiáconos, diáconos, sacerdotes. Fragancia de óleo derramado. Era la caridad de Cristo que se prodigaba a los elegidos. Con el yugo del Señor sobre los hombros, a una con el pontífice, nuestra voz, omnipotente ya con la divina omnipotencia del sacerdocio, reprodujeron sobre el altar el portento del Cenáculo: ‘Esto es mi Cuerpo’... Oh, Jesús, cuando escribo todo esto, tu bondad me ha nublado los ojos. Jesús bueno, amigo fiel, que jamás sea yo el villano que conculque tus delicadezas de amor. Haz que éste sea mi distintivo: una gran locura por ti. Tú eres mi gloria y la recompensa de toda mi vida sacerdotal; tu amor, Jesús, tu amor... y eso me basta. ¡Y la muerte antes que ese amor se entibie!”.

El joven sacerdote que esto escribía no se imaginaba que el Señor le tomaría su palabra y que, como dice la nueva oración para pedir su canonización, “le concediste la gracia de morir al pie del altar, en un acto supremo de amor a ti”.

Más adelante hace este juramento:

“Quiero morir así en medio del trabajo; fatigado del camino, rendido, cansado, me acordaré de tus fatigas y hasta ellas serán precio de redención. Desde hoy te las ofrezco, Señor Jesús, por tu corazón y por las almas: ¡prometo!... He pasado el día abismado en mi grandeza que yo mismo no comprendo. Señor, dame fe para que siempre sea sacerdote. Señor, haz que vea”.

Mientras tanto, la segunda guerra mundial sigue devastando Europa; lo recuerda al mencionar las bodas de plata episcopales del Papa Pío XII:

- 14.05: “...el Papa levantaba la hostia de paz sobre un mundo en tempestad, y sobre el silencio de la tumba se pedía paz, y en su oración lloraba... Hubo homilía: así hablan los santos, así sería el acento de los profetas que gritaban ¡paz, ¡paz!, y no llega la paz... Después de la misa, la plaza rebo-saba: ávidos de consuelo en un mundo que agoniza de angustia, el pueblo corre a rodear al único representante de la paz de Cristo”.

1943

Quienes tratamos de cerca al Padre Romero sabemos que era de temperamento huraño y que amaba la soledad. En las últimas páginas de su diario de estudiante, consigna su deseo de apartarse completamente del mundo para dedicarse de lleno a las cosas de Dios:

- 15.02: “Un buen monje para la diócesis. Después de hablar con el Padre Rodríguez, recién salido de La Cartuja, he



pensado cuántas bendiciones del cielo atraerá para una diócesis

- ser hombre que así se sacrificara por ella. ¡Un desprendimiento absoluto del mundo y de los hombres para unirse a Dios en perfecto holocausto de amor! ¡Y si esa víctima se ofrece por una diócesis!

Y de nuevo aparece su honda pasión por la oblación total a Dios:

“¡Yo pienso ser hostia por mi diócesis!... Tal vez, nunca en mi vida se presentará otra ocasión para ese holocausto; tal vez a ese holocausto está unida la perfección y salvación de muchos sacerdotes y muchas almas”.

El diario se cierra el 19 de febrero de 1943 con esta plegaria:

“¡Señor Jesús!, quédate con nosotros porque atardece. Señor, amigo, cuando los horizontes se cierran y la vida parece una gran interrogación, ven a vivir con nosotros. Estar contigo es estar en el centro. No hay destierros, no hay persecución, cuando tú eres el hermano, el amigo” (p. 216).

### **El alma del pastor: Su Diario**

Cuenta Monseñor Rafael Urrutia, quien era un joven sacerdote a quien Monseñor Romero le nombró su canciller, que en una reunión de curiales el arzobispo le pidió que llevara una crónica de las cosas que sucedían en esta Iglesia Particular; y que el pastor añadió: “Veré qué puedo hacer yo”.

La respuesta la encontramos en Su Diario, cuando, el 11 de diciembre de 1979, comenta:

Tratamos principalmente de cómo llevar con más eficacia el diario de la Curia, ya que, de mi parte, voy llevando este diario, en cassette, para que lo pasen en limpio; pero resulta sólo la actitud y la actividad del propio obispo. Y yo quisiera

que fuera llevándose un diario de toda la vida de la arquidiócesis, que ésta es la historia que mucho interesará, sobre todo en unos días tan densos que nos toca vivir.

El Diario de Monseñor Romero ofrece una originalidad: no lo escribió sino que lo grabó en cassette, como acabamos de leer. Abarca los dos últimos años de su ministerio arzobispal. Yo he preparado una selección de cien citas de tono pastoral, en las que tienen particular importancia las que se refieren a la relación de Monseñor Romero con Pablo VI y el Papa Juan Pablo II, así como su profunda amistad con Monseñor Eduardo Pironio, que fue quien le hizo descubrir el auténtico sentido de Medellín y lo que la Iglesia predica sobre el sentido cristiano de la liberación.

Al final aparece con gran dramatismo la división en el episcopado salvadoreño y los intentos fallidos del Nuncio Lajos Kada por lograr la unidad de los obispos. Romero tiene un criterio claro, convertido en oración:

*Pido al Espíritu Santo que me haga caminar por los caminos de la verdad y que nunca me deje llevar ni por los halagos ni por los temores de ofender a nadie más que a Nuestro Señor (13.03.80).* Dos semanas después, lo asesinaron.

Como Su Diario está disponible en internet, en forma escrita y, últimamente, en versión digital, citaré muy pocos textos. Voy a limitarme a las páginas finales, cuando él vive sus últimos días porque sabe que está amenazado de muerte. Podría titularse: Las cuatro semanas de pasión de Monseñor Romero.

Tomaré como punto de partida lo que él dejó anotado en su Diario el sábado 23 de febrero, dos días antes de iniciar su último retiro:

Por la tarde fui a cumplir con una invitación que me habían hecho los jóvenes de Sonzacate, pueblo vecino a Sonsonate, aunque no es de mi diócesis, sino de Santa Ana, ellos habían conseguido el permiso del Señor Obispo, que yo confirmé



cuando vi a Monseñor Barrera en la nunciatura y me dijo que no había inconveniente. Hubo varios propósitos de no ir, por evitar este conflicto y también porque estamos bajo una amenaza de muerte.

A renglón seguido ofrece algunos detalles:

El Señor Nuncio de Costa Rica me ha avisado que el peligro de amenaza existe otra vez contra mí y me advierte que tenga cuidado. Sin embargo, sentí un compromiso especial con esta juventud y fui.

A partir de ese momento todo lo que Monseñor hace y dice está marcado por tan terrible amenaza. Por eso me parece especialmente importante acompañarlo en los últimos días de su vida entre nosotros.

Monseñor Romero parece vivir sus últimas cuatro semanas al estilo del Cristo de Pasolini en la película *El Evangelio según San Mateo*: el Jesús de este film italiano tiene prisa, al grado que las parábolas las va enseñando a sus discípulos mientras camina a paso rápido. En medio del torbellino Monseñor se dirige a lo más profundo de su ser sacerdotal, como cuando resume en su Diario lo que dijo durante la hora santa del primer día de marzo en el hospital La Divina Providencia:

Hablé del evangelio del domingo siguiente, que es el de la transfiguración del Señor, llamando a participar en la vida de Cristo y de la Iglesia, en una hora en que los cristianos tenemos una gran misión que cumplir en nuestra patria (01.03.80).

Pero donde su corazón de pastor se abre de par en par es cuando reconoce públicamente sus deficiencias en una reunión de vicarios y cancilleres del arzobispado: *Comentamos, precisamente, que por deficiencias de mi carácter, puedo causar a veces resentimientos o divisiones, pero que no dudara de la fidelidad de estos colaboradores.*

A esa observación, él responde:

Yo les di la razón y les dije que había sido uno de los puntos de mi examen en los ejercicios espirituales de la semana pasada y que traía el propósito de que, con su ayuda, procuráramos trabajar más unidos, en más comunicación, y que mutuamente nos corrigiéramos aquellas cosas que pueden entorpecer este trabajo comunitario tan interesante (03.03.80).

La humildad y el dolor por la incomprensión que encuentra en altas esferas de la jerarquía llegan a su clímax cuando describe su entrevista con un representante del Vaticano que viene incluso con una carta del Secretario de Estado. Este es su relato:

Él hizo varias observaciones y traté de convencerlo de mis convicciones, en conciencia, pero noto en él cierta prevención contra mi proceder y a pesar de explicarle el ambiente tan difícil en que nos movemos y la aceptación que el pueblo tiene a esta línea, él mantiene ciertos temores...

El pensamiento más importante está al final:

Creo que ha quedado clara la idea de mi posición y acepto, desde luego, que en todas aquellas cosas accidentales en que se puede ceder, estoy dispuesto a ceder por el bien de la paz, pero nunca mis convicciones de fidelidad al evangelio y a las líneas nuevas de la Iglesia y a mi querido pueblo (11.03.80).

Un poco más adelante, a propósito de la agitada reunión de la conferencia episcopal dirigida por el representante pontificio, expresa su voluntad de conversión:

“Por mi parte expresé que era mi afán de fidelidad al Evangelio y a la doctrina social de la Iglesia, la cual siempre resulta conflictiva cuando se le aprueba, no sólo en teoría, sino cuando se trata de vivir” (12.03.80). Sin embargo, aunque las acusaciones sean infundadas “reconozco aquellas cosas en que puede haber un error de mi parte y estoy dispuesto a corregir”.



Humanamente lo más fácil sería hacer concesiones y quedarse tranquilo, pero es aquí donde se conoce la pasta de la que están hechos los santos. No puedo leer sin estremecerme esta página del Diario de Monseñor:

él (el nuncio) insiste en que debo ceder hasta donde sea posible, lo cual es también mi pensamiento, pero no en lo sustancial cuando se trata de ser fiel al Evangelio, a la doctrina de la Iglesia y, sobre todo, a este pueblo tan sufrido que cuesta que lo comprendan (13.03.80).

Es el conflicto eterno de los verdaderos profetas que han recibido una misión especial de Dios.

Sí, se trata de ser fiel a una vocación, como lo muestra la misma página del Diario cuando recoge la experiencia de su reunión con los seminaristas. Esta es una constante en esos treinta días: un afán por asegurar que los sacerdotes y los que vendrán a relevarlos se mantengan fieles. Llegamos al nivel de la confidencia, como Jesús en el Cenáculo, la víspera de su pasión:

Surgieron muchas preguntas, un diálogo interesante sobre la vocación, en que llegamos hasta contar los orígenes de nuestra vocación. Comencé yo por contar el mío y ellos también sintieron mucha confianza de contar por dónde el Señor les había llamado. Yo les pedí que hicieran un relato personal, ya que no había dos vocaciones iguales y que serviría de mutua edificación (13.03.80).

Recordar la memoria de mártires como Monseñor Romero es comprometerse a ser fieles a Dios, dóciles al Espíritu Santo y fieles a la historia en la que nos toca continuar la misión de Jesucristo.

### **Monseñor Romero y el Papa Francisco**

Muchas personas, al escuchar al Papa Francisco o al verlo actuar, dicen: ¡Cómo se parece a Monseñor Romero! De eso vamos a hablar al final de este recorrido.

Cuando Monseñor Romero volvió de Puebla, ciudad donde el joven pontífice Juan Pablo II inauguró con un inolvidable discurso los trabajos de los obispos del continente latinoamericano, lo recibimos en la catedral de San Salvador. Venía muy emocionado porque, dijo, "Puebla ha confirmado mi doctrina". Si nuestro pastor hubiera estado en la reunión de los obispos en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007, donde habría encontrado al futuro papa Francisco, sin duda hubiera podido decir: "Aparecida ha confirmado mi doctrina social". Existen muchas semejanzas entre ambos pastores. Con esta reflexión concluyo mi ponencia.

### **a) Pastores de profunda devoción mariana**

En 1965 interrumpí, durante un año, mis estudios eclesiológicos para ayudar al Padre Romero como su asistente en el Seminario Menor. Él nos enseñó a amar a la Virgen de la Paz y luchó para que el Papa Pablo VI la declarara patrona de todo el país, lo cual consiguió. Escribe Monseñor Jesús Delgado, en la biografía oficial del futuro santo:

Así fue como, al promover la devoción a la Reina de la Paz y al mismo tiempo incentivar la construcción de la catedral de San Miguel, tocó la cuerda principal de la identidad religiosa popular de aquel pueblo, que respondió generosamente a las dos iniciativas de aquel joven sacerdote (ROMERO, O. A., *Biografía*, UCA Editores, 1990, p. 29).

Otro "fanático" de María es el Papa Francisco. Todos recordamos cómo terminó sus primeras palabras, al presentarse ante la multitud que lo aclamaba en la plaza de San Pedro, cuando, después de pedir la bendición del pueblo, dijo: "Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por la acogida. ¡Recen por mí! Nos vemos pronto: mañana quiero ir a rezar a la Virgen para que custodie a toda Roma. ¡Buenas noches y buen descanso!". Al día siguiente, muy temprano, el nuevo Papa estaba de rodillas ante la Virgen en la basílica de Santa María la Mayor; y ha vuelto a ese magnífico templo, antes de emprender un viaje apostólico y al regresar del mismo. En la oración con que concluye su exhortación *La alegría del Evangelio* se dirige a la Madre, así:



Tú, Virgen de la escucha y la contemplación, madre del amor, esposa de las bodas eternas, intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino (EG n. 288).

### **b) Pastores con olor a oveja y con un oído puesto en el pueblo**

Otra imagen que guardamos en nuestra retina es la del Papa Francisco celebrando su primera misa dominical en la iglesia de Santa Ana, junto a la plaza de San Pedro. Después de la Eucaristía, salió a la puerta mayor a despedir a la gente, como cualquier párroco de pueblo, ante la angustia de las personas encargadas de su seguridad. En la homilía había pronunciado por primera vez las palabras que se volverían célebres: “Dios nunca se cansa de perdonar”. Pocas semanas más tardes, en la misa del jueves santo, pidió a los sacerdotes que fueran “pastores con olor a oveja”. Eso es el Papa Francisco: un pastor con olor a oveja. Y hablando a los obispos nombrados en el último año, en septiembre de 2013, les pidió no ser “obispos de aeropuerto” sino hombres de Dios que caminan con su rebaño:

Bajen en medio de sus fieles, incluso en las periferias de sus diócesis y en todas las ‘periferias existenciales’, donde hay sufrimiento, soledad, degradación humana. La presencia pastoral significa caminar con el pueblo de Dios: delante, señalando el camino; en el medio, para fortalecer en la unidad; detrás, para que nadie quede atrás, pero, sobre todo, para seguir el olfato que tiene el pueblo de Dios para encontrar nuevos caminos.

Es lo mismo que vimos siempre en Monseñor Romero, desde los primeros años de su ministerio sacerdotal. Siempre caminando con el pueblo, primero con una visión de la Iglesia más bien conservadora, y luego haciendo suya la clara opción de la Iglesia latinoamericana tomada en Medellín y Puebla, con una inalterable fidelidad al espíritu del Concilio Vaticano II. Cuando él explica cómo prepara las homilias dominicales, afirma: “Estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo; miro a mi alrededor, a mi pueblo, lo

ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérsela transmitir” (Homilía del 20 de agosto 1978). Y en otra homilía, confiesa: “Me glorío de estar en medio de mi pueblo y sentir el cariño de toda esa gente que mira en la Iglesia, a través de su obispo, la esperanza” (Homilía del 25 de septiembre 1977).

**c) *Pastores que evangelizan con lo que son, con lo que hacen y con lo que dicen***

Cuando se cumplieron los primeros cien días del ministerio petrino del Papa Francisco, el portavoz de la Santa Sede, Padre Federico Lombardi, explicó las tres novedades que, en su opinión, habían caracterizado el inicio de su pontificado; la primera era el nombre que había escogido: Francisco, en honor al santo de Asís. Francisco significaba al menos tres cosas: el amor a los pobres, el compromiso por la paz y la defensa de la creación (ecología). Segunda novedad, el hecho de ser el primer papa proveniente de América Latina, lo cual significaba un enriquecimiento para toda la Iglesia ya que se trata de una Iglesia viva, dinámica, creativa. Y la tercera, naturalmente, su estilo de vida sencillo, austero, cálido y tan cercano a la gente. Fue tal el impacto, que en dos semanas, el nuevo pontífice transformó radicalmente la imagen que se tenía de la Iglesia. De todo lo anterior, Lombardi sacaba una conclusión: el Papa Francisco evangeliza con lo que es, con lo que hace y con lo que dice.

¿Y qué decir de Monseñor Romero? No cabe duda que es el mártir del siglo veinte más conocido y más amado del mundo. Desde sus tiempos de sacerdote en la diócesis de San Miguel, el pueblo se identificó con él y lo siguió. Su estilo de vida pobre y caritativo llamaba la atención. Y todo mundo reconocía en él a un auténtico discípulo de Jesucristo. Esta visión se volvió aún más impactante durante su breve ministerio de tres años en la arquidiócesis de San Salvador. Por algo se le llamó “voz de los que no tienen voz”.

**d) *Pastores con el don de la palabra que llega al corazón***

Es evidente que tanto Francisco como Romero se distinguen por el don de la palabra y por el arte de la homilía. En su exhorta-



ción apostólica *La alegría del Evangelio* el Santo Padre dedica un amplio espacio para explicar qué es la homilía y cómo debe prepararse la predicación. Leemos en el n. 135: “La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo”. Pero el Papa no se ha limitado a darnos una enseñanza sobre la homilía sino que él mismo se muestra como maestro consumado en este difícil arte. Millones de hombres y mujeres estamos atentos cada día a su reflexión durante la misa matinal en la capilla de la residencia Santa Marta.

Monseñor Romero se sentiría muy a gusto leyendo la reflexión del Papa Francisco sobre esta cuestión porque había venido al mundo para ser el hombre de la palabra. Su sacerdocio está marcado por una infatigable labor de predicador; este ministerio le había granjeado gran respeto y popularidad en los distintos sectores de la sociedad. Le escuchaban con especial veneración y cariño los pobres y sencillos, a quienes sabía comunicar las verdades más profundas con un lenguaje asequible, atractivo y lleno de unción. Pero, ¿cómo entiende el arzobispo Romero la homilía y el ministerio profético?:

Homilía quiere decir el sermón sencillo del pastor que celebra la palabra de Dios para decirles a los que están reflexionando que esa palabra de Dios no es una palabra abstracta, etérea, sino que es una palabra que se encarna en la realidad en que vive esa asamblea que está meditando (Homilía del 16 de abril 1978).

El predicador es un profeta: *Profeta quiere decir el que habla en nombre de otro (...). Nuestro cuidado está en ser fiel eco de esa voz de Cristo, el único que debe hablar al pueblo y a la conciencia* (Homilía del 14 de enero 1979).

#### **e) Pastores que sueñan con “una Iglesia pobre y para los pobres”**

Con el Papa Francisco fuimos de sorpresa en sorpresa en los primeros días de su pontificado. Uno de los momentos mágicos fue el sábado siguiente a su elección, cuando, en un encuentro con

varios miles de periodistas de todo el mundo, dejó escapar esta vehemente afirmación: “¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”. En la misma sesión había contado con encantadora naturalidad lo que le dijo el cardenal brasileño Claudio Humes cuando los votos de los cardenales le designaban como el futuro Papa: “No te olvides de los pobres”. Con el correr de los meses, sus declaraciones fueron excepcionalmente valientes y claras. En su exhortación apostólica dedica todo el capítulo cuarto para explicar ampliamente “la dimensión social de la evangelización”. El capítulo se abre con una afirmación contundente: “Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios”. Es como una síntesis de la tercera parte del documento de Aparecida, en la que habla de “la vida de Cristo para nuestros pueblos”.

Monseñor Romero fue también un pastor ejemplar en su compromiso con los pobres y en su lucha contra la injusticia. Es lo que más se suele subrayar cuando se citan pensamientos tomados de sus homilías. En una publicación anónima patrocinada por el gobierno de la época se tuvo la osadía de llamarle Oscar “Marx-nulfo” Romero. La alusión a Marx era una burda acusación de que el pastor era comunista. Los ejemplos de su compromiso con los pobres y con la justicia abundan, pero entre sus homilías, la más bella es quizá la que pronunció casi al final de su ministerio, cuando comentó, un mes antes de su martirio por qué hablaba de la realidad nacional:

Si por necesidad del momento estoy iluminando la política de mi patria, es como pastor, es desde el Evangelio, es una luz que tiene la obligación de iluminar los caminos del país y aportar como Iglesia la contribución que como Iglesia tiene que dar (Homilía del 17 de febrero 1980).

#### **f) Pastores con un profundo amor y admiración a Pablo VI**

El Cardenal Bergoglio, en la última reunión de los cardenales previa al cónclave, tuvo una intervención que, según muchos, impactó tanto a sus compañeros, que decidieron darle el voto. El prelado argentino comenzó con estas palabras: “Se hizo referencia



a la evangelización. Es la razón de ser de la Iglesia. – “La dulce y confortadora alegría de evangelizar” (Pablo VI). - Es el mismo Jesucristo quien, desde dentro, nos impulsa”. En la homilía de beatificación del Papa Montini, Francisco da gracias por este hombre providencial:

Contemplando a este gran Papa, a este cristiano comprometido, a este apóstol incansable, ante Dios hoy no podemos más que decir una palabra tan sencilla como sincera e importante: gracias. Gracias a nuestro querido y amado Papa Pablo VI. Gracias por tu humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia.

Para conocer el profundo aprecio de Monseñor Romero por el Papa Pablo VI tenemos una fuente excepcional: su Diario. Allí nuestro amado pastor cuenta con detalle su encuentro con el Santo Padre, quien le dijo:

Comprendo su difícil trabajo. Es un trabajo que puede ser no comprendido. Necesita tener mucha paciencia y mucha fortaleza... Luego se refirió al pueblo... Me dijo que había que ayudarlo, trabajar por él, pero jamás con odio, fomentando las violencias, sino a base de un gran amor.

La reacción del obispo salvadoreño es conmovedora:

Yo le repetí que era precisamente la manera como yo trataba de predicar, anunciando el amor, llamando a la conversión. Le dije que muchas veces habíamos repetido su mensaje del Día de la Paz: ‘No a la violencia, sí a la paz’. Le expresé mi adhesión inquebrantable al magisterio de la Iglesia. Y que en mis denuncias a la situación violenta del país, siempre llamaba a la conversión (Su Diario, 21 de junio de 1978).

### **CONCLUSIÓN: UNA” IGLESIA EN SALIDA” Y “LA IGLESIA DE LA PASCUA”**

He dejado para el final el tema de cómo sueñan la Iglesia el Papa Francisco y Monseñor Romero. Lo he titulado “una Iglesia en salida” y “La Iglesia de la Pascua”.

El Cardenal Bergoglio, antes del cónclave, esbozó así su utopía de Iglesia:

Evangelizar supone celo apostólico. Evangelizar supone en la Iglesia la ‘parresía’ (valentía) de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no sólo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.

El final de su intervención fue, sin pretenderlo, una premonición, porque al hablar de cómo debía ser el nuevo Papa se describió a sí mismo:

Un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive de ‘la dulce y confortadora alegría de la evangelizar’.

Aquí tenemos ya, en germen, el pensamiento central de la exhortación apostólica *La alegría del Evangelio*.

¿Y qué podemos decir de Monseñor Romero? El cuarto arzobispo de San Salvador soñó con hacer realidad en la sangrante realidad salvadoreña, “La Iglesia de la Pascua”. Este es el título de su primera carta pastoral como arzobispo de San Salvador, publicada en abril de 1977; es una carta programática, como lo es también la exhortación apostólica del Papa Francisco.

En este importante documento, que es su presentación a la arquidiócesis, la afirmación central es que

la Iglesia no vive para sí misma, sino para llevar al mundo la verdad y la gracia de la Pascua. He aquí —añade Monseñor Romero— la síntesis de esta carta que sólo quiere presentar, a la luz de esta ‘hora pascual’, la identidad y la misión de la Iglesia y ofrecer con sinceridad su voluntad de diálogo con todos los hombres (p. 9).



Sigue a continuación la descripción de la Iglesia que él se proponía construir en la geografía de su arquidiócesis:

Con emoción de pastor me doy cuenta de que la riqueza espiritual de la Pascua, la herencia máxima de la Iglesia, florece entre nosotros y que ya se está realizando aquí el deseo que los Obispos expresaron en Medellín al hablar a los jóvenes: ‘que se presente, cada vez más nítido, en América Latina, el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y PASCUAL, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres’ (Juventud, n. 15; las mayúsculas son suyas).

Esa es la Iglesia que construyó en medio de indecibles sufrimientos y de profundas alegrías. Por eso, al final de este recorrido, parece tan natural que el Cardenal Bergoglio, cuando un sacerdote salvadoreño le preguntó qué pensaba de Monseñor Romero, haya respondido: “Para mí es un santo y un mártir. Si yo fuera Papa, ya lo habría canonizado”. Ya lo hizo beato y se acerca el día de la canonización.